

Los desafíos para el análisis de una nueva realidad internacional

El ejemplo de la crisis internacional en torno a Crimea

GUADALUPE PACHECO MÉNDEZ*

EL REALISMO ESTRUCTURAL y el neoliberalismo institucionalista son dos teorías de las relaciones internacionales que florecieron durante la Guerra Fría. Sin lugar a dudas, el realismo estructural es el paradigma que tuvo mayor impacto en esas décadas del siglo pasado. En las postrimerías del siglo XX, cuando la Guerra Fría llegaba a su término, se consolidaron otras propuestas teóricas para analizar los asuntos internacionales: el constructivismo y la geopolítica contemporánea francesa, más científica e interdisciplinaria. Cada uno de estos enfoques pone de relieve diferentes aspectos de los problemas internacionales, pero no necesariamente son incompatibles y más bien pueden ser complementarios, como lo muestra su aplicación en el caso de la crisis internacional de 2014 en torno a Crimea.

Palabras clave: realismo estructural, neoliberalismo institucionalista, constructivismo, geopolítica contemporánea, crisis de Crimea.

STRUCTURAL REALISM and institutionalist neoliberalism are two theories of International Relations that flourished throughout the Cold War. Doubtlessly, structural realism is the paradigm that had the greatest impact in those decades of the last century. At the end of the XXth century, when the Cold War came to an end, other theoretical proposals on how to analyze international affairs also consolidated: constructivism and french contemporary geopolitics, more scientific and interdisciplinary. Each of these approaches highlights different aspects of international problems, but they are not necessarily incompatible and may be complementary, as shown by their application in the face of the international crisis of 2014 around Crimea.

Key words: structural realism, institutional neoliberalism, constructivism, contemporary geopolitics, crisis of Crimea.

* Profesora-investigadora en el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco.

El fin del esquema bipolar de seguridad

El orden bipolar instaurado después de la Segunda Guerra Mundial aseguró la estabilidad global del sistema internacional durante más de cuatro décadas y el mundo quedó organizado bajo su esquema, como resultado Europa quedó dividida en dos, en especial Alemania.

Las iniciativas internacionales emprendidas por Mijaíl Gorbachov sentaron las bases del fin de la Guerra Fría. El agravamiento de la crisis económica y política en la Unión Soviética se saldó con su desintegración en diciembre de 1991, suceso que cerró el capítulo final de la Guerra Fría. Esto rompió los equilibrios que se habían mantenido gracias al orden bipolar y provocó un cambio radical en el orden internacional, particularmente en Europa.

De la ex esfera de influencia soviética, sus dos componentes principales se desprendieron y se adentraron por senderos diferentes; los integrantes del imperio externo o *glacis*, junto con los países bálticos, se realinearon con Estados Unidos mediante su adición a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)¹ y con la recién transformada Unión Europea (UE);² no se debe olvidar que las ampliaciones de la OTAN en 1999 y de la UE en 2004 fueron fuertemente impulsadas por la administración de Bill Clinton y provocaron una gran tensión en la región entre dicho país, Rusia y la Unión Europea.

Por su parte, aquellos otros países que habían compuesto la fachada occidental del círculo defensivo interno soviético, notablemente Ucrania y Bielorrusia, siguieron caminos variados. En ese contexto, por su extensión territorial, su rol económico en la arquitectura económica soviética, su ubicación estratégica, la posición diplomática de sus vecinos (en especial

1. En 1990, al ser absorbida por la República Federal de Alemania, la República Democrática Alemana (RDA) pasó a formar parte de la OTAN ya como Alemania unificada. En 1999, la República Checa, Hungría y Polonia ingresaron a esa organización. En 2004, lo hicieron Bulgaria, Estonia, Latvia, Lituania, Rumania, Eslovaquia y Eslovenia. En 2009, Albania y Croacia.

2. En 1990, la RDA al ser absorbida por la República Federal de Alemania (RFA) pasó a formar parte de la aún Comunidad Económica Europea (CEE). En 1995, dos países *buffers*, Austria y Finlandia, así como Suecia son incorporados a la UE. En 2004, se integran Chipre, República Checa, Estonia, Hungría, Latvia, Lituania, Malta, Polonia, Eslovaquia y Eslovenia. En 2007, Bulgaria y Rumania. En 2013, Croacia.

Polonia) y por la dislocación de su política interna, Ucrania pasó de ser si no la única, sí la principal fuente de discordia en la región, al ser una pieza central en la eventual construcción de un sistema de seguridad regional.

Ahora bien, cuando un conjunto de Estados persigue la seguridad colectiva surgen dos dificultades: 1) la compatibilidad o no entre los intereses securitarios nacionales e internacionales, 2) cuando un Estado unitario o un grupo de Estados asociados define sus intereses de manera que termina por injerir en la vida política de sus vecinos, ¿cómo los visualizarían cada uno de los cuatro modelos de análisis de las relaciones internacionales en el caso de Ucrania, Europa del este y la Unión Europea?

Realismo estructural. Ucrania y la redefinición de las zonas de influencia

El realismo estructural pone el acento en el carácter anárquico y asimétrico del contexto internacional; el balance de poder (ya sea por medio de alianzas o mediante el impulso al desarrollo militar y económico internos) entre los diferentes Estados es el mecanismo privilegiado para afianzar la seguridad colectiva, mejorar su posición relativa en el sistema internacional y permitir que cada Estado salvaguarde sus intereses esenciales. De esto resulta una estructura del sistema internacional que determina la conducta de los Estados individuales y la evolución de la política internacional. Cuando un Estado se fortalece demasiado, los más débiles tratarán ya sea de aliarse con él o bien crear una alianza de contra-balance. En este paradigma, las instituciones internacionales sólo reflejan la relación de fuerzas entre las principales potencias; son resultado de la estructura del sistema internacional y en su interior prevalecen los intereses de la(s) potencia(s) hegemónica(s).

Para el realismo estructural, la desintegración del bloque socialista y la unificación de Alemania son sucesos que redefinieron la posición de cada uno de los actores internacionales en la relación de fuerzas del sistema mundial; esto los empujó a intentar reorganizar el balance de poder, a redefinir alianzas y abordar los desafíos de seguridad derivados de esta nueva situación. Lo que emergió en una primera etapa fue el unipolarismo estadounidense a escala global y la expansión de la OTAN y de la UE en la región europea. En las previsiones del realismo estructural, sin embar-

go, se preveía la emergencia de esfuerzos de contrabalance de poder que eventualmente podrían desembocar en alguna forma de multipolarismo, al menos en los diversos ámbitos regionales, y en un debilitamiento e incluso desaparición de las instituciones establecidas durante la Guerra Fría. En el corto plazo, esas previsiones no se han cumplido, pero existen del lado ruso esfuerzos de contra-balance una vez que quedaron atrás la caótica era yeltsiniana y la colaboración entre Rusia y Estados Unidos después del 11 de septiembre.

En ese contexto, Ucrania emergió prácticamente por primera vez como nación soberana y ante los dilemas estratégicos de la era postsoviética intentó sacar partido de su nueva situación mediante un cambiante juego político de contra equilibrios con los nuevos poderes regionales para mejorar sus condiciones de negociación. Esto influyó sobre su política interna, la cual quedó dominada por élites poco democráticas, ya sea porque proviniesen del viejo aparato comunista o porque se tratase de nuevos oligarcas que se disputan el poder político y económico en un país donde la integración económica y social quedó debilitada después de su separación del bloque soviético. Pero todas éstas tenían en común la tendencia a buscar, en determinados momentos, aliados externos para reforzarse internamente, a la vez que trataban de poner en práctica aquellas estrategias que favorecieran a los intereses económicos que representaban.

Esa fragmentación política del país se expresa en su distribución geográfico-espacial a partir de la existencia de dos regiones contrapuestas: *grosso modo*, el norte y el oeste en un bando y el sur y el este en el otro. En un escenario de disputa por el poder mediante elecciones abiertas, esta fractura se tradujo en una división entre los prooccidentalistas y los prorosos; es la interiorización de la contienda entre el bloque OTAN-UE de un lado, y Rusia del otro, para integrar a Ucrania en sus respectivas zonas de influencia. Como en los tiempos de la Guerra Fría, cada bando internacional apoya a un grupo interno en particular. De este modo, las tensiones internacionales se entreveraron con los conflictos internos.

La anexión de Ucrania por la Federación de Rusia en marzo de 2014 ocurrió en un contexto muy preciso. Luego de que el entonces presidente Víktor Yanukóvich (2010-2014) anunció, en noviembre de 2013, que no firmaría el acuerdo de asociación con la UE y que, en cambio, optaría por un préstamo ruso, se abrió la crisis política: Yanukóvich fue destituido, Rusia emprendió las acciones que culminaron con la anexión de Crimea en mar-

zo de 2014 y los separatistas del este ucraniano radicalizaron sus acciones, en tanto que llegaba a la Presidencia otro oligarca: Petró Poroshenko (quien toma posesión el 7 de junio de 2014); entre cuyos primeros actos políticos ucranianos estuvo la firma, en sus partes económicas, del Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la UE y la declaración de moratoria del pago de la deuda ucraniana con Rusia.

Para los realistas no cabía sorprenderse por las acciones emprendidas por Vladímir Putin, pues prácticamente había tenido que reaccionar ante una provocación de los principales actores del mundo denominado occidental. La llegada de Poroshenko a la Presidencia implicaba una muy probable aceleración de la entrada de las fuerzas de la OTAN sobre territorio ucraniano, con o sin la membresía de Ucrania en la OTAN. Esto significaba un reto mayor de seguridad, pues Ucrania comparte con Rusia una frontera terrestre de alrededor de 2 000 kilómetros, sobre la que potencialmente pueden instalarse muchos misiles; además, abría la puerta a la posibilidad de que, más pronto que tarde, la flota estadounidense bajo la bandera de la OTAN amaneciese un día estacionada en el puerto de Sebastopol.

Todo esto parecía anunciar el retorno a la confrontación entre Rusia y Estados Unidos en el ámbito europeo. Sin embargo, las cosas son más complicadas, pues el gobierno de Washington es plenamente consciente de la necesidad que tiene de la colaboración rusa para tratar de mantener en relativa calma la compleja situación política de Medio Oriente. Aunque el dilema para el gobierno estadounidense no es fácil, el desarrollo político reciente lleva a pensar que Washington prefiere la más eficaz colaboración internacional de Moscú para mantener bajo control la situación en Medio Oriente. Esto ha llevado a algunos a formular la idea de que, en realidad, Estados Unidos agita el espantajo de la inestabilidad ucraniana para evidenciar la debilidad defensiva de Europa y así justificar el mantenimiento de su presencia militar en ese continente, cuando teóricamente ya no sería necesaria, con el fin de “mantener a Europa abajo” (*to keep Europe down*), parafraseando la vieja frase atribuida a lord Ismay.³

3. El general inglés Hastings Ismay fue el primer secretario general de la OTAN (1952-1957). Respecto al objetivo de la OTAN se le atribuye la frase: “para mantener a los americanos en, a los rusos fuera y a los alemanes abajo” (*To keep the Americans in, the Russians out, and the Germans down*). En todo caso, es una formulación apreciada en los círculos políticos estadounidenses vinculados con la política exterior.

Neoliberalismo institucionalista. Ucrania, la OTAN y la UE

El neoliberalismo institucionalista, sin negar la existencia de los intereses particulares de los Estados y la asimetría de poder, postula la posibilidad de la cooperación institucionalizada entre ellos; la creación de instituciones internacionales con capacidad de someter a sus miembros a cumplir ciertas reglas del juego y que impone restricciones (*constraints*) al hegemono es la vía para consolidar la seguridad colectiva y un desarrollo económico relativamente armonioso. La estrategia principal ya no es el balance de poder sino la búsqueda de la interdependencia y de la integración de los Estados en torno a instituciones internacionales, principalmente económicas, de carácter vinculante y que constriñan al hegemono.

El neoliberalismo institucionalista permite analizar ciertos desarrollos que, al menos en lo que se refiere al corto y mediano plazo, el realismo estructural no explica satisfactoriamente: la supervivencia de las instituciones internacionales occidentales nacidas durante la Guerra Fría e incluso su ampliación, promovida por el gobierno estadounidense, como lo fue el caso de la OTAN en 1999 y en 2004 de la UE, así como la ausencia de conflictos bélicos mayores. No obstante, si bien es cierto que estas instituciones internacionales no desaparecieron, sí tuvieron que transformar su funcionamiento interno, como lo fue el caso de la OTAN y el aceleramiento de la transformación de la Comunidad Económica Europea (CEE) en la Unión Europea.

El ingreso de Checoslovaquia, Hungría, Polonia y las repúblicas bálticas a dos agrupaciones internacionales que ponen cortapisas al hegemono estadounidense e imponen reglas de funcionamiento sobre sus integrantes, ratifica la idea de que la cooperación y la interdependencia favorecen el florecimiento de un espacio internacional pacífico; al mismo tiempo, fortalecen el contrabalance de poder ante aquellas potencias que no forman parte de esas agrupaciones, notablemente el caso de Rusia. Más concretamente, el ingreso a la OTAN y a la UE fueron percibidos por las élites de los países de Europa del este como una vía que les aseguraba alcanzar rápidamente los estándares económicos y el nivel de vida occidentales y como una solución a sus dos preocupaciones securitarias: Alemania y Rusia. Sin embargo, en cuanto a esta última, los nuevos miembros, encabezados por Polonia, promovieron desde el interior de la OTAN y de la UE la adopción de iniciativas orientadas a disminuir al máximo las

posibilidades de Rusia de desempeñar un papel importante en el mantenimiento de la seguridad en la región. Sus motivaciones eran ambivalentes: el temor al antiguo hegemono ruso, pero también las ambiciones políticas polacas de reconstituir su vieja esfera de influencia de la era de la comunidad Lituano-Polaca.

En cuanto a las ventajas securitarias que significa el ingreso a la OTAN, parte de las expectativas o previsiones de esta propuesta teórica parecen cumplirse en el sentido de que hasta ahora no ha ocurrido ni se vislumbra un conflicto bélico mayor entre las principales potencias del mundo y del área trasatlántica, ni aun a raíz de la reanexión de Crimea. Pero esta ausencia de conflictos mayores no se debe tanto a las instituciones internacionales, sino al hecho de que en última instancia, como una herencia del viejo orden bipolar, Rusia ha logrado preservar su relativa paridad nuclear frente a Estados Unidos, nación que conserva todavía la última palabra dentro de las instancias de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

Más aún, las ventajas securitarias que les ofrece la UE *per se*, es decir, sin la OTAN y sin Estados Unidos, no tienen la suficiente capacidad militar para enfrentar conflictos bélicos mayores debido a que sus gobiernos no quieren aumentar sus gastos de defensa y prefieren acogerse al protector paraguas estadounidense. En el terreno económico, la UE desplegó esfuerzos para ayudar a Ucrania a superar su muy deteriorada situación económica; sin embargo, la magnitud de la ayuda económica ha sido raquíptica respecto de las necesidades de ese país; además, las serias dificultades económicas de la UE limitan su margen de acción.

Sin embargo, aunque la UE alimenta las expectativas de ingreso de Ucrania, en la práctica son promesas inciertas a futuro y en la realidad pragmática inmediata sólo se les ha otorgado el Partenariado Oriental como parte de la política europea de vecindad, modalidad desde la cual Ucrania se compromete a realizar reformas económicas y políticas para ponerse en paridad con las exigencias de la UE a cambio de la promesa de su incorporación en una fecha futura incierta.

No hay que olvidar tampoco los efectos divisivos de la derechización de varios de sus Estados miembros, entre éstos Polonia, y la falta de cohesión interna que hoy vive ante la inmigración siria, la cual ha puesto de relieve la debilidad de las fronteras externas e internas de la UE. Este conjunto de factores disminuyen aún más sus capacidades reales y su credibilidad para absorber las severísimas dificultades económicas de un

país de 50 millones de habitantes como lo es Ucrania y que comparte una frontera de dos mil kilómetros con Rusia. Puestas dentro de este contexto, las promesas de incorporación hechas a Ucrania parecen tener poco sustento a corto y mediano plazo.

De lo anterior se desprende una conclusión paradójica: las apresuradas políticas de expansión de la OTAN, seguidas de la ampliación de la UE hacia el este de Europa también han desencadenado serios conflictos en el proceso de reordenación del espacio europeo. Los conflictos de la OTAN y la UE contra Rusia se han exacerbado, a pesar de la persistencia de las instituciones internacionales, particularmente en torno a la cuestión ucraniana; como ocurrió por ejemplo con la aplicación de la política europea de vecindad respecto de Ucrania o con la injerencia occidental en los vaivenes de la pendular vida político-electoral ucraniana o la problemática en torno al suministro de gas, la suspensión del pago de la deuda a Rusia, las discusiones respecto al Acuerdo de Asociación Ucrania-Unión Europea. Todo ello contribuyó al estallido de Crimea en marzo de 2014.

Constructivismo. Las identidades políticas de Ucrania y el nuevo nacionalismo

El constructivismo parte de la premisa central de que las estructuras del orden internacional son el resultado de procesos de interacción social en los que las ideas compartidas, más que las variables materiales (poderío militar o económico), desempeñan un rol determinante; como consecuencia de ello, conciben a las identidades de los actores internacionales y los intereses nacionales como construcciones sociales. Esta corriente propone un procedimiento que parte de la exigencia de analizar los factores culturales e institucionales que rodean a la producción de las políticas de seguridad; postula que los cambios en la identidad nacional de los Estados unitarios modifican la definición de sus intereses y de su política de seguridad y que la configuración de la identidad del Estado afecta a las estructuras normativas interestatales y al orden internacional. Así, es necesario examinar de qué manera se han construido las identidades de los principales actores involucrados.

A partir de diciembre de 1991, Ucrania emergió por primera vez como un Estado hipotéticamente “westfaliano”, con un gobierno que detenta la

soberanía sobre un territorio reconocido por las demás naciones. Sin embargo ha resultado ser un Estado débilmente integrado como resultado de su proceso de constitución.

La Ucrania soviética fue articulada desde arriba, lo que generó dinámicas similares a las provocadas por los recortes coloniales europeos en Asia y África. Si bien la construcción institucional de la era soviética favoreció la consolidación de una “identidad ucraniana” de fundamentos étnicos, también es cierto que lo hizo apoyando de manera privilegiada a las élites de un grupo étnico determinado por encima de los demás con los que cohabitaban en ese territorio. Fue así que se zanjaron las líneas de fractura que subyacían en la construcción desde arriba de las repúblicas socialistas soviéticas (RSS), asignándoles fronteras, tanto internas como “externas”, diseñadas para saldar las alianzas de la burocracia central soviética con las élites étnicas locales que estaban dispuestas a dar su sostén al *statu quo* a cambio de prebendas administrativo-territoriales. El ejemplo más notable de esto ocurrió en 1954: durante la coyuntura que siguió a la muerte de Iósif Stalin, el ucraniano Nikita Jrushchov, primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) que luchaba denodadamente por imponerse a los otros grupos políticos para controlar al partido, decidió la transferencia a Ucrania de la península rusa de Crimea, donde además se ubica el estratégico puerto de Sebastopol.

A fines de la década de 1980, todas las repúblicas integrantes de la Unión Soviética, incluida Rusia, siguieron una pauta similar: ante la élite en el poder detentadora del modelo comunista de organización de la economía, se levantaron otras alternativas, provenientes de grupos regionales y locales de poder compuestos por funcionarios políticos e integrantes de la burocracia económica.

Así, Boris Yeltsin, quien en aquel momento ocupaba el cargo de presidente de la aún República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), durante una gira política en agosto de 1991 por las repúblicas de la región del Volga, incitó a sus contrapartes de las otras RSS a “tomar toda la soberanía que puedan tragar”, con el objetivo político central de ganar el máximo de aliados posibles en su lucha por el poder frente a las instancias soviéticas encabezadas por Gorbachov. Su principal aliada, la élite política ucraniana encabezada por Leonid Kravchuk, otro viejo funcionario, para él, la Comunidad de Estados Independientes (CEI) era una forma para deshacerse del control central ejercido desde Moscú, era más una alianza polí-

tica y no el embrión de una confederación como lo deseaba el presidente ruso. Así, desde la fundación de la CEI, Ucrania, con alzas y bajas, siempre boicoteó su consolidación, pues veía en ello la imposición de la dominación rusa y no sólo la soviética.

En 1991, Ucrania resultó ser un Estado débilmente articulado en el que pronto se encumbraron diversas élites, la mayoría no casualmente con arraigos regionales y sectoriales, las cuales en su jaloneo político buscaron legitimar su ascendiente a partir de una reelaboración de las diversas identidades históricas de Ucrania. La reescritura de la versión nacionalista de la historia ucraniana se inició con el fin de darle al país una identidad propia desligada de la rusa y se volvió la ideología legitimadora de una parte de las élites que encabezaron al nuevo Estado independiente.

Por la forma como fue construido y organizado el espacio ucraniano en la era soviética, el país quedó atravesado por una gran fractura que permanece hasta hoy. De un lado, el oeste y noroeste con posiciones más nacionalistas en un primer momento y luego más inclinadas hacia Europa occidental y, por el otro, el este y el sureste más inclinados al acercamiento con Rusia. Como lo revelan los mapas de votación, esa fractura social todavía es profunda y es la fuente de la gran inestabilidad política de Ucrania y de sus oscilaciones entre Moscú y Bruselas. Quizá por eso se da esa ambivalencia de las élites ucranianas, pues al mismo tiempo que desean conservar las ventajas del intercambio económico de la era soviética (suministro de gas barato y una salida para su producción industrial de insumos para las empresas militares rusas), pretenden incorporarse a la OTAN y a la UE como mecanismo para contrabalancear el peso ruso y viceversa, la relación con Rusia les resulta instrumental para no someterse a los requerimientos políticos de la Unión Europea.

Otro campo de aplicación de este paradigma sería el impacto de la denominada teoría de la paz democrática (Doyle, 1986) sobre las definiciones de la identidad europea y por ende sobre su política exterior en la región este postsoviética, particularmente en relación con Ucrania. Plantea el régimen interno de los Estados democráticos como mecanismo para asegurar la estabilidad y la paz. Implícitamente, este modelo parte de la idea de que la variable independiente es el carácter democrático de los Estados nacionales y la variable dependiente es la estabilidad del orden internacional. Estas ideas tienen una gran influencia en la definición de las políticas estadounidense y de la Unión Europea.

Cuando se revisan las definiciones y acciones de documentos tales como la política europea de vecindad, se aprecia que la UE, a partir de definir al carácter democrático de sus gobiernos como un rasgo identitario esencial, exige a los países que la circundan, independientemente del hecho de que no sean miembros de ella, tener un determinado tipo de régimen político: el democrático, y una economía de mercado sana, todo esto para garantizar los intereses y estabilidad de la UE. El anteponer los intereses de la estabilidad propia para tener una injerencia de tipo “poder-suave” (*soft-power*) en los vecinos puede resultar una vía sembrada de peligros para la seguridad regional.

En el caso de Ucrania, si bien no se adoptó la vertiente militar del intervencionismo democrático estadounidense, se aprovecha la desesperada situación económica y financiera del país para favorecer a una determinada élite interna dispuesta a adoptar las normas económicas de la UE y a abrir las puerta a un intercambio económico asimétrico, sin que realmente importe el auténtico compromiso de esas élites con la democracia. Así lo prueba el hecho de que la UE iba a firmar originalmente el acuerdo de asociación con el hoy diabolizado Yanukóvich y terminó haciéndolo con los grupos hoy encabezados por el actual presidente de Ucrania. Desafortunadamente, esta forma de injerencia respalda a élites nacionales corruptas, sin que importe mucho el mínimo compromiso de esos dirigentes con la democracia y sólo basta con que cumplan las formalidades más superficiales de los procesos electorales; en este sentido, revisar la trayectoria de Poroshenko es sumamente aleccionador de la naturaleza de las élites ucranianas que apoya la UE. La democracia no es sólo un asunto de procedimientos, se trata también de la calidad de los actores encargados de ponerlos en marcha.

Geopolítica contemporánea.

Ucrania: una nación débilmente articulada

Después de la reorganización de las fronteras nacionales europeas que siguió a la Primera y a la Segunda Guerras Mundiales y de la reestructuración gigantesca que vivió la Europa contemporánea a raíz de la desintegración de la esfera de influencia de la Unión Soviética y la disolución de esta última, la geopolítica contemporánea critica la concepción tradi-

cional que atribuía a la posición geográfica de un país o región el papel de variable independiente. En su lugar propone que la estructuración de un espacio es el resultado de las interacciones entre las estrategias seguidas por los diversos actores sociales, económicos y políticos para apropiarse y organizar ese espacio. Los diversos actores desarrollan diferentes estrategias prácticas y representaciones subjetivas en relación con el espacio y el territorio; y de su confrontación surgen conflictos y rivalidades de poder en torno al espacio, a partir de los cuales se configuran formas específicas de articulación del territorio en cuestión.

En primer lugar, es necesario explicitar, al menos en sus grandes líneas, las diversas fisuras (sociales, culturales, económicas y políticas) que históricamente se han superpuesto una sobre otra en esa subregión europea. Baste recordar que la política belicosa y expansiva del denominado Reino de Polonia y Gran Ducado de Lituania le permitió adquirir el control de una parte importante del territorio donde hoy se asienta Ucrania, a expensas de Rusia y otros vecinos. A fines del siglo XVIII, ese expansionismo polaco fue derrotado y tuvo lugar el reparto de todos sus territorios entre el Imperio Ruso, el Austro-Húngaro y Prusia. Crimea estuvo dominada por la Horda de Oro, del siglo XIII al XV, luego fue sometida en el último cuarto del siglo XV por los otomanos, quienes hicieron del Janato de Crimea su Estado vasallo en el siglo XVI, situación que perduró hasta que fue conquistada por Rusia en 1783.

Más tarde, Polonia fue recreada en la Conferencia de París de 1919 y rediseñada en la de Yalta en 1945, mientras que la Ucrania con las fronteras que actualmente cuenta fue creada por el gobierno soviético después de la Segunda Guerra Mundial. No por casualidad ha sido Polonia la más activa en promover la incorporación de Ucrania a la UE y la creación del Partenariado Oriental; es un país que busca instaurarse de nuevo como una potencia subregional. Crimea fue anexada a Ucrania en 1954 por Jrushchov, por razones de lucha política, a pesar de que nunca había formado parte de ella. Así pues, hay que considerar, al menos, la forma cómo se sobrepusieron los quiebres previos a la Primera Guerra Mundial, con los de la era soviética y con los del periodo postsoviético.

Al independizarse de la Unión Soviética en 1991, Ucrania perdió la articulación vertical administrativo-burocrática altamente centralizada de la era soviética, sin que contase ya con una adecuada articulación horizontal entre sus regiones y sectores. Estos antecedentes ayudan a com-

prender la peculiar estructura regional ucraniana y la situación actual de la región, que se caracteriza por un destejimiento de los hilos que unían a estos países con la Unión Soviética, sin que los vínculos que los relacionan hoy con la UE hayan adquirido la suficiente densidad como para ser, en el corto o mediano plazo, una alternativa realmente viable para el desarrollo de Ucrania.

A causa de ese proceso histórico, Ucrania está atravesada por otras fracturas que, al sobreponerse entre sí y sobre la distribución geográfico-administrativa, profundizaron más los divisionismos. Las diferentes influencias religiosas: la ortodoxa que la acerca a Rusia y la católica que la acerca a Polonia; como es de esperarse, la primera al este y la segunda al oeste. La situación respecto de las lenguas habladas es algo similar, el ruso se habla más al este y el ucraniano al oeste, aunque algo más complicado pues el ruso es hablado más en las ciudades mientras que el ucraniano en las zonas rurales bajo diversas formas dialectales. Desde el punto de vista económico, las regiones más importantes en producto interno bruto (PIB) y exportaciones son el Centro y el Donbás, por eso el control de los óblasts de Donetsk y Lugansk es crucial para Kiev. La industrialización ucraniana fue impulsada por la Unión Soviética y estuvo vinculada con el complejo militar-industrial ruso; la caída del comercio con aquella afectó severamente las industrias de producción de blindados, la construcción naval militar, la aeronáutica espacial, la ligada a la fabricación de misiles, de bienes intermedios para las centrales nucleares rusas. El asunto de los gasoductos y del suministro de gas requiere de un amplio tratamiento, pero por falta de espacio no podemos detenernos ahora en ello. Aquí cabe subrayar que Crimea es marginal económicamente, su importancia es fundamentalmente de carácter estratégico, pero también hay un componente simbólico. Estos quiebres sociales y económicos se expresan en la distribución del voto: en 2010 Yanukóvich encontró un amplio apoyo en el este, y en 2014 las regiones del oeste registraron una tasa de participación elevada (incluso algunas de más de 80%) y favorecieron a Poroshenko, quien firmó el acuerdo entre la UE y Ucrania.

El acuerdo abre una franca puerta de entrada de las mercancías de la UE al mercado ruso sin tener que cumplir con las leyes rusas, lo que favorece un cierre comercial entre Rusia y Ucrania. El acuerdo no resuelve muchos problemas, tales como: que los oligarcas vinculados con las exportaciones hacia la UE no sean los principales beneficiarios del apoyo financiero

europeo y que las facilidades tarifarias para la exportación no favorezcan sesgadamente a una parte de ellos. La inversión directa europea, dejando de lado el hecho de que parte importante de ésta es en realidad de origen ruso, pierde interés si no pueden exportar al gigantesco mercado ruso y la demanda europea no lo compensará debido al proteccionismo comercial de sus países miembros.

Estos cuatro ejercicios muestran los alcances y limitaciones explicativos de cada modelo teórico. Favorece la idea de que la complementareidad teórica puede ser útil. Muestra también que el modelo teórico influye en el tipo de problema planteado, la clase de información recogida y la explicación ofrecida.

Referencias

- Biersack, John y Shannon O’Lear (2015). “The Geopolitics of Russia’s Annexation of Crimea: Narratives, Identity, Silences, and Energy”, *Eurasian Geography and Economics*, vol. 55, núm. 3, pp. 247-269.
- Breault, Yann, Pierre Jolicoeur, Jacques Lévesque (2003). *La Russie et son ex-empire. Reconfiguration géopolitique de l’ancien espace soviétique*. París: Presses de Sciences Po.
- Brubaker, Rogers (1996). *Nationalism Reframed. Nationhood and the National Question in the New Europe*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Comisión Europea [<http://ec.europa.eu/trade/policy/countries-and-regions/countries/ukraine/>] [http://trade.ec.europa.eu/doclib/docs/2006/september/tradoc_113459.pdf] [http://trade.ec.europa.eu/doclib/docs/2006/september/tradoc_111613.pdf].
- Doyle, Michael (1986). “Liberalism and World Politics”, *American Political Science Review*, vol. 80, núm. 4, diciembre 1986, pp. 1151-1169.
- Garnet, Shermann (1997). *Keystone in the Arch. Ukraine in the Emergent Security Environment of Cen-tral and Eastern Europe*. Washington: Carnegie Endowment for International Peace.
- Ikenberry, John (2001). *After Victory. Institutions, strategic restraint, and the rebuilding of order after major wars*. Princeton: Princeton University Press.
- (ed.) (2002). *America Unrivaled. The future of the balance of power*. Cornell University Press, Ithaca.

- Katzenstein, Peter (1996). *The Culture of National Security. Norms and Identity in World Politics*. Nueva York: Columbia University Press.
- Keohane, Robert (2005). *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton y Oxford: Princeton University Press, publicado por primera vez en 1984.
- Klussman, Uwe, Matthias Schepp y Klaus Wiegrefe (2009). "NATO Eastward Expansion: Did the West Break Its Promise to Moscow?", *Der Spiegel*, 26 de noviembre 2009 [<http://www.spiegel.de/international/world/nato-s-eastward-expansion-did-the-west-break-its-promise-to-moscow-a-663315.html>], fecha de consulta: 10 de octubre de 2014.
- Lasserre, Frédéric y Emmanuel Gonon (2008). *Manuel de Géopolitique. Enjeux de pouvoir sur des terri-toires*. París: Armand Colin.
- Lowenthal, Abraham (ed.) (1991). *Exporting Democracy. The United States and Latin America*. Bal-timore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- Marchand, Pascal (2007). *Géopolitique de la Russie*. París: Ellipses.
- (2014). "Le conflit ukrainien, des enjeux géopolitiques et géoéconomiques", *EchoGéo. Sur le Vif*, 31 de octubre [<http://echogeo.revues.org/13976>; DOI: 10.4000/echogeo.13976], fecha de consulta : 14 de marzo de 2016.
- (2015). *Atlas Géopolitique de la Russie. Le grand retour sur la scène internationale*. París: Au-trement.
- Mearsheimer, John (1990). "Back to the Future. Instability in Europe After the Cold War", *International Security*, vol. 15, núm. 1, verano, pp. 5-42.
- (2014a). "Why the Ukraine Crisis is the West's Fault? The Liberal Delusions that Provoked Putin", *Foreign Affairs*, septiembre/octubre, pp. 1-12.
- (2014b). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York/Londres: Norton.
- Richard, Yann (2010). *L'Union Européenne et ses voisins orientaux. Contribution à l'étude des intégrations régionales dans le monde*. París: Université Panthéon-Sorbonne.
- (2014). "La crise de Crimée (mars 2014): comment en est-on arrivé là?", *EchoGéo. Sur le Vif*, 4 de septiembre [<http://echogeo.revues.org/13917>; DOI: 10.4000/echogeo.13917], fecha de consulta: 16 marzo 2016.
- Shiffrinon, Joshua (2016). "Deal or no deal? The End of Cold War and the US Offer to Limit NATO Ex-pansion", *International Security*, vol. 40, núm. 4, primavera, pp. 7-44.
- Snyder, Timothy (2003). *The Reconstruction of Nations. Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*. New Haven/London: Yale University Press.
- Suny, Ronald (1993). *The Revenge of the Past. Nationalism, Revolution and the Collapse of the Soviet Union*. Stanford: Stanford University Press.
- Tsygankov, Andrei (2003). *Russia's Foreign Policy. Change and Continuity in National Identity*. Lan-ham/Plymouth: Rowman y Littlefield Publishers.

- (2006). “If not by Tanks, then by Banks? The Role of Soft Power in Putin’s Foreign Policy”, *Eu-rope-Asia Studies*, 58(7), pp. 1079-1099.
- Waltz, Kenneth (1979). *Theory of International Politics*. Illinois: Waveland Press (reimpreso en 2010).
- (1993). “The emerging structure of international politics”, *International Security*, vol. 18, núm. 2, otoño, pp. 44-79.
- (2000). “Structural Realism after the Cold War”, *International Security*, vol. 25, núm. 1, verano, pp. 5-41.
- Wendt, Alexander (1999). *Social Theory of International Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.